

La Espiritualidad de la Cruz

La Espiritualidad de la Cruz imita a Cristo - Enseña a vivir

Todas las espiritualidades son una manera de vivir la vida cristiana y se distinguen entre sí por el aspecto del misterio del Señor que cada una acentúa en su seguimiento. Nace como una iniciativa amorosa de Dios para continuar su proyecto de salvación frente a las necesidades históricas del hombre.

La Espiritualidad de la Cruz contempla, vive y transmite a Jesús en su aspecto de Sacerdote y Víctima y se expresa en la siguiente formulación:

Por voluntad divina hemos sido llamados a participar por el bautismo del sacerdocio común de los fieles siguiendo a Cristo, Sacerdote y Víctima, en su sacrificio por amor, enfatizando su fidelidad al Padre y su solidaridad salvífica con el hermano; y con María lo ofrecemos y nos ofrecemos con Él al Padre, sobre todo en la Eucaristía, para extender el Reinado del Espíritu Santo en la salvación de los hombres, la santificación de la Iglesia, especialmente la de los sacerdotes, y así reciba consuelo el corazón de Cristo para la gloria de Dios Padre.

El objetivo supremo que la Espiritualidad de la Cruz pretende alcanzar en todo el proceso de identificación con Cristo es: "educar al Cristiano para que se deje transformar en salvador con Cristo y pueda realizar la misión de Jesús".

La Espiritualidad de la Cruz, como otras espiritualidades, tiene su lema, su grito de salvación, mediante el cual se anima para seguir a Jesús, ser fiel a su misión y cumplir con su compromiso de transformación en Jesús.

Jesús, Salvador de los hombres, ¡Sálvalos!

Este grito surge el 14 de enero de 1894 del amor salvador de Jesús perpetuado en el corazón de la *Beata Concepción Cabrera de Armida*, inspiradora de las Obras de la Cruz en la Iglesia.

Conchita, como es llamada con afecto por todos sus hijos e hijas espirituales que formamos la *Familia de la Cruz*, escribe en su diario este momento histórico: "Sentí como si una fuerza sobrenatural me arrojaba al suelo y con la frente en la tierra, en los ojos las lágrimas y el fuego en el corazón le pedía al Señor con vehemencia, con un celo devorador la salvación de las almas: Jesús, salvador de los hombres, ¡sálvalos, sálvalos!

"Yo no me acordaba de nada más: almas, almas, para Jesús era lo que deseaba. Más eran los ardores del alma que los del cuerpo, y la dicha indecible que yo experimentaba siendo, como los animales de su dueño, yo de Jesús, de Jesús, de mi Jesús que salvaría a tantas pobrecitas almas que le darían gloria. Arrebatada de dicha pasé el día, con ansias vivas de soledad y oración" (Aut. I, p. 205-207).